

Nacer

o no nacer

Francia elige la superpoblación.

España premiará la "paternidad consciente".

Favorecer los nacimientos, ¿equivale a evitarlos? ¿Se puede llamar «control de nacimientos» lo mismo a una política natalista que a otra antinatalista? Delicados moralistas discuten estos conceptos y no se ponen de acuerdo. Los más clásicos sostienen que todo aquello que se haga en propagación de la vida será «más moral» que todo aquello que se haga por evitarla; los más modernos, que si se considera que la producción de vida es un hecho natural y espontáneo es tan grave anular esa espontaneidad como estimularla, porque entonces dejará de ser espontánea. Todo es «control». Las nuevas disposiciones del gobierno Pompidou les parecen lamentables. Una familia con tres hijos va a recibir en subsidios familiares unas 3.150 pesetas mensuales; el cuarto hijo les traerá —en forma de clásico pan debajo del brazo— 2.100 pesetas más. A estos nuevos moralistas les parece lamentable que una pareja produzca un hijo más para ganar más dinero, y consideran que es sensiblemente igual al caso de las parejas que no tienen un hijo para gastar menos. En cualquier caso, la identidad hijo-dinero les parece odiosa.

Pero no parece que los moralistas sean muy escuchados. Discuten entre sí, y eso es todo. La palabra la tienen los sociólogos, los economistas, los políticos. Se dividen también en clásicos y modernistas. Los modernistas encuentran una contradicción entre el hecho de que se considera como una amenaza la superpoblación del mundo (1.000 millones en 1850; 2.000, en 1930; tres mil quinientos, en este momento; siete mil, en el año 2000, cuando, según las predicciones de los ecologistas, la producción de alimentos máxima de la tierra podrá alcanzar lo suficiente para mantener sólo a seis mil millones), mientras algunos países, como Francia y España, y otros más, protejan la natalidad. En España, la protección a la natalidad se ha racionalizado en el último Consejo de Ministros en un sentido nuevo: se trata de premiar no sólo la cantidad, sino también la calidad; además del número de hijos se premiará también su educación: en nuestro divertido lenguaje literario-administrativo de ahora se llama a esto «labor promocional de las familias» y «paternidad consciente». En Francia, la cuestión es numérica. Nacían 18,1 gabachos por

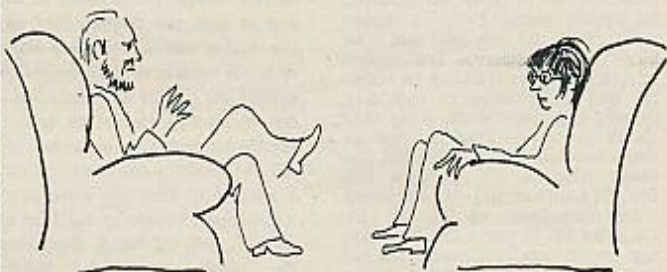
mil habitantes en 1964; 16,9, en 1967, y 14,6, ahora. Pompidou quiere que nazcan más.

Algunos sociólogos se preguntan para qué. Los premios a la natalidad, los estímulos demográficos tuvieron su razón y su auge en la época de la infantería y de la agricultura. Hacían falta brazos para las armas y para el arado. Cuantos más tenía una nación, más fuerte era. Los fascismos supusieron una curiosa inversión de factores políticos, propia de su rara doctrina: mientras se trataba de descubrir políticas para dirigir a las masas en crecimiento espontáneo, los fascismos decidieron inventar masas para justificar su política. Pero hoy, la infantería y la agricultura se han sustituido por la bomba nuclear y la automatización electrónica, y las políticas están horrorizadas por las masas y lo que pretenden no es gobernarlas, sino desmasificar, que haya menos masas y más ciudadanos conscientes (propósito aparente del plan español de «paternidad consciente»). La urgencia en reducir niveles demográficos en países subdesarrollados, tarea en la que colabora la ONU y a la que los Estados Unidos dedican gran parte de su presupuesto, parecería contradictoria, puesto que son países que están todavía en el reino de la agricultura y la infantería y pueden necesitar brazos, pero resulta coherente si recordamos que alguien ha llamado a esos países «naciones proletarias», y que, en un vistazo con mucha perspectiva y mucha lejanía, considerando el mundo como una sola nación, las «naciones proletarias» representan la masa que puede dar disgustos, y los países ricos, las minorías, las élites que pueden ser disgustadas: desmasificar a esos países, tender a su menor población es una política a largo plazo, aunque se disfraza con la necesidad de preservar a sus poblaciones del hambre (propósito nada desdeñable, nada irreal, pero que intenta seriamente que no sean tantos que puedan asaltar las despensas de los ricos). Se proponen, pues, métodos contraceptivos o disuasorios (como los de China en su momento antinatalista: retrasar la edad de los matrimonios, crear impuestos para los hijos) para los pobres. No tanto para los ricos, o incluso estímulos natalistas para los ricos que, finalmente, son gentes que compran, son ciudadanos consumistas.

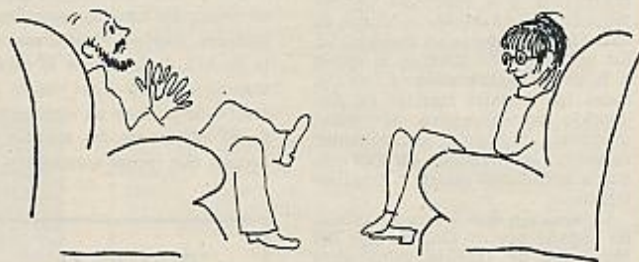
Las razones que alegan los natalistas en Francia, y que han inspirado estas medidas de ahora, son las llamadas —seguimos en el divertido lenguaje— distorsiones en la pirámide de la población. Principalmente, que el número creciente de ancianos debe ser alimentado y sostenido por un número decreciente de jóvenes o, en otras palabras, que la población inactiva aumenta y la población activa disminuye. La idea de matar a los viejos no ha sido sugerida aún, aunque ciertas medidas de eutanasia en Francia y en Gran Bretaña (en un hospital de Londres se descubrió hace poco que los viejos eran abandonados por médicos y enfermeras, como eutanasia pasiva) tienden, consciente o inconscientemente, a eso. A lo cual los economistas responden que los gastos presupuestarios para aumento de natalidad —315.000 millones de pesetas hasta ahora, 14.000 millones más con las nuevas leyes— no se recuperarán nunca por el exceso de nacidos, que las 2.100 pesetas por el cuarto hijo —más las concedidas por los tres anteriores— no suponen un estímulo real —cuesta más caro un hijo—, sino que irán a

2 LA EDUCACION DE PALMIRA

Por NURIA POMPEIA Y MANOLO V.



CON EL INCREMENTO DE LA CULTURA SE RETRASA LA REVOLUCIÓN...



...PORQUE SE TRATA DE UNA CULTURA INTEGRADORA QUE DISUELVE LA CONCIENCIA DE CLASE EN EL PROLETARIADO...



...Y ADEMÁS ¡LEÑE! HAY QUE SER SINCEROS...



...¡QUE ASCO, EL DÍA EN QUE LAS MASAS CULTURALIZADAS PUEDAN TENER CONVERSACIONES TAN SUTILES COMO LAS NUESTRAS!